

1

LA GLOBALIZACIÓN DE LA IMAGEN

JUAN CUETO ALAS



Fotografía: Alejandro Zapico

Partamos de la base de que la globalización, ante todo, es una imagen. Y también de que en las sucesivas globalizaciones (porque olvidamos que hubo varias) las imágenes siempre desempeñaron un papel central. Colón no perseguía demostrar la redondez de la tierra, pero en su empeño por encontrar una nueva ruta marítima hacia las Indias orientales hizo posible que se *revelara* de una vez por todas la vieja fotografía del globo, aquella potente imagen de esfericidad primordial que desde los filósofos griegos hasta los teólogos cristianos, pasando por el budismo, estaba inscrita en el cerebro del hombre desde los remotos orígenes del sapiens. La aventura de Colón sólo fue la confirmación definitiva de que aquella constante imagen virtual, y nunca mejor dicho, que a modo de cliché no revelado estaba grabada en el cerebro del hombre desde sus orígenes, la esfericidad del mundo, también era una imagen real. O sea que la primera globalización fue la confirmación positiva de una imagen, el positivado de un sueño.

La segunda y tercera globalización, la de aquella colonización católica en busca de oro y creyentes que partía de las costas andaluzas y la de la no menos potente mercantilización protestante que partiría después de los puertos holandeses, también fueron aventuras globales que se perpetraron desde las imágenes y utilizaron la imagen como herramienta principal en la evangelización y el expolio colonial. Pero sobre todo, serían globalizaciones que dieron lugar a la más feroz y olvidada guerra de imágenes registrada por la Historia, incluida esta actual y salvaje guerra de imágenes analógicas y digitales entre Hollywood (esa segunda exportación de los Estados Unidos) y el resto del globo. Porque eso mismo fue la evangelización, y «coloni-

zar», ante todo, significa eso mismo: imponer al Otro por la fuerza sus propias imágenes.

Una de las joyas bibliográficas que todavía poseo es un facsímil editado hace treinta y pico años por la Biblioteca Nacional que se titula *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, dibujado por un oscuro franciscano español del siglo XVI en el que se narra a los indios de México las aventuras del Evangelio de San Juan, incluida la explicación [sic] del mismísimo misterio de la Santísima Trinidad, en riguroso formato cómic, con viñetas de colores, sin palabras, pero utilizando un grafismo descaradamente plagiado de los grafitis que entonces manejaban los aztecas. Al margen de que estamos ante la primera e indiscutible manifestación del cómic, lo que también nos llena de orgullo patriótico, aquel catecismo-tebeo del genial misionero/colonizador franciscano nos cuenta, ante todo, la realidad cotidiana de aquella sanguinaria y olvidada guerra de imágenes que tuvo lugar cuando se encontraron de frente los dos mundos y empezó la primera historia de la globalización.

Porque aquel catecismo en formato cómic del franciscano español era sencillamente un intento pacífico de resolver por la vía de la innovación narrativa aquel brutal duelo de imágenes entre aquel primitivo grafismo azteca que explicaba los orígenes del mundo, en plan línea blanca de Tintín, y las imágenes ultra-barrocas, casi de línea gótica o gore, de una doctrina religiosa que entonces eran las dominantes en el mundo del catolicismo español. Imágenes que intentamos y logramos imponer al Otro por el método de la destrucción sistemática a sangre y fuego de todas aquellas iconografías que adoraban los nativos cuando los

españoles desembarcaron en las playas de Cuba y Santo Domingo. Los llamados cronistas de Indias, en sus famosos relatos-reportaje, nos cuentan con horror acerca de aquellas omnipresentes y muy potentes imágenes de los *idola* indígenas (incluso intentan describirlas por medio de la pobre literatura de esas crónicas) y cuyo grafismo (azteca, maya o quechua) atentaba tan directamente, y en primer lugar, contra aquella también potente imaginaria barroca que colonizaba el cerebro de los españoles. Pongamos las cosas en su sitio. No fue la imagen (minimalista) del oro utópico, como tantas veces se repite, lo único que movía a aquellos conquistadores/evangelizadores; también, al mismo tiempo, estaba la misión depredadora de arrasar, «y sin dejar el menor rastro», aquellas muy impías imágenes del Nuevo Mundo y sustituirlas por la iconografía política y religiosamente correcta.

El catecismo-cómic de aquel oscuro fraile español era, ya digo, una tercera vía para evitar lo que entonces estaba ocurriendo en el Nuevo Mundo: la muy decidida y sistemática destrucción física y mental de todas las imágenes indígenas y su progresiva sustitución radical, sin términos medios, por imágenes, estampas, retratos, estatuarias y arquitecturas del invasor. Hubo muchos más catecismos que intentaron evangelizar respetando las imágenes indígenas, utilizando los grafitis locales para contarles a los indios las verdades y misterios de las muy barrocas verdades globales, pero hay que admitir que la evangelización del Nuevo Mundo y, desde un punto de vista estrictamente gráfico, las imágenes religiosas de aquel barroco español nunca lograron eliminar de raíz los pictogramas de base, digámoslo así, de las culturas indígenas. Porque hablando

de vanguardias, no deberíamos olvidar que la actual imaginaria de algunos países, y muy especialmente la de México, sigue siendo una perfecta *fusión* (así se pronuncia ahora la vanguardia artística del siglo XXI) entre aquel grafismo azteca que había que eliminar de raíz y la barroca devoción por aquellas vírgenes que los misioneros españoles intentaban imponer sin raíces.

Algún día habrá que contar con todo detalle la muy fundamental aventura, hasta ahora inédita en este país, incluso no traducida (véase, por ejemplo, *La guerre des images: de Christophe Colomb à "Blade Runner" (1492–2019)*, de Serge Gruzinski, ed. Fayard) de aquel primer y verdadero choque de civilizaciones a lo Samuel Huntington y que ante todo, insisto, se manifestó como abierta y cruenta conflagración bélica entre las viejas y las nuevas imágenes. Y que así continuó hasta el siglo XVIII, justo cuando el occidente judeocristiano empezaba a sustituir en el imaginario colectivo aquellas imágenes *rocobarrocas* de la Religión por las estampas ilustradas, laicas, racionales e industriales de la Enciclopedia. Ni los españoles católicos ni los protestantes holandeses, en sus respectivas navegaciones sabían entonces que estaban haciendo globalización monda y lironda, pero en sus fueros internos —como entonces se decía, cuando aún no existía el subconsciente— tenían muy claro que la primera regla de aquellas globalizaciones de facto sobre todo era la globalización de las imágenes.

Y así empezó todo. Mientras los marinos mercantes de los puertos de Amsterdam les dejaban hacer el trabajo sucio a los marineros católicos españoles en la tarea sucia de eliminar a sangre y fuego los *idola*, ideogramas y grafi-

tis «anticristianos», los reformistas holandeses se estaban abasteciendo, y sin invertir un puto doblón, de aquellas nuevas imágenes gratuitas que los marineros españoles estaban reenviando al Viejo Continente y tanto excitaban la libido comercial protestante: mapamundis en formato globo, cartas de navegación sin fronteras, tantas rutas marítimas inéditas como nuevas empresas mercantiles, todas las topografías y escenografías de los mercados vírgenes. La globalización era una imagen, o, si se quiere, una destrucción sistemática de las imágenes indígenas; pero sobre todo aquellas primeras globalizaciones tan depredadoras (tan iconoclastas) establecieron las nuevas idolatrías del mercado actual, las bases y rutas de los nuevos mercados globales.

O para decirlo al modo de esta última globalización, que es de lo que se trata en este número aniversario de *Ábaco* dedicado a la mutación de las nuevas tecnologías de la imagen en el siglo XXI: mientras los aventureros católicos españoles trabajaban *full time* en la destrucción de las imágenes del Nuevo Mundo, y siempre desde aquella barroca y decadente imaginería de sus catedrales, aquellos mercantes y protestantes holandeses, tan iconoclastas por otro motivos, aguardaban en sus puertos con las velas arriadas a que los españoles terminaran su trabajo sucio en la guerra de las imágenes, y sólo estaban interesados en lo que sería la segunda globalización: la navegación mercantil del globo, algo que se les había olvidado a los españoles por mezclar tan groseramente el patrón Dios con el patrón oro.

Pues bien, en esta globalización del siglo XXI (que ya no sé si es tercera o quinta al cabo de un par de revoluciones industriales como la copa de un pino y de la no menos fundamental implosión de los nuevos *media*, en la era Internet) está sencillamente ocurriendo algo inédito e inverso. Ocurre sencillamente la globalización de las imágenes. Y el acontecimiento inédito de esta nueva globalización de las imágenes se puede resumir así: de repente, un día impreciso de mediados del siglo pasado, las principales herramientas de trabajar del hombre, sus máquinas industriales, resulta que también se transformaron en potentes máquinas de producción y reproducción masiva de imágenes y de comunicación. La pantalla en serie sustituyó a la máquina en serie como puesto de trabajo. Y aquellas nuevas pantallas de los *cuellos blancos* y los *trajes grises*, que a mediados del siglo pasado jubilaron progresivamente las viejas máquinas de trabajar de los *monos azules*, sustituyeron el sudor proletario local por el estrés ejecutivo global. Las grasientas ruedas mecánicas que echaban humo fueron reemplazadas por los bits intangibles y memoriosos que sólo echaban información *on line* entre las empresas y negocios sin fronteras. En fin, no sólo inauguraron una nueva globalización, una nueva sincronización de pantallas —no ya de chimeneas—, sino que hicieron de las imágenes de ida y vuelta, transmitidas en tiempo real, una herramienta mayor.

La actual globalización no es sólo el último truco del capitalismo, como inocentemente se la intenta conjurar desde una progresía no reciclada para el siglo XXI, o desde una ideología industrial extraviada de industrialización tecnológica. Esta globalización tercera o quinta (pero discutámoslo,

por favor) también es la globalización de los mercados, la sincronización del *turbocapitalismo*, otra versión depredadora del imperialismo y esta vez en base a esas nuevas tecnologías que no han dejado títere con cabeza, o sólo una *neoversión* de la lucha de clases de toda la vida. Vale. Pero no olvidemos, por favor, en nuestras conjuras apocalípticas, generalmente ideológicas a priori, que esta globalización, al contrario de las anteriores, también implica la globalización y democratización de las imágenes, su circulación inmediata en todos los sentidos, la garantía suprema de que cualquier imagen injusta o vergonzosa de este mundo ya nunca más quedará impune. Siempre será registrada y emitida por un fotoperiodista, por un cámara independiente de tv, por un corresponsal, por el móvil o la cámara digital de un ciudadano que pasaba por allí, por una web, por un blog, por un videoteléfono o por un chat. Y no es preciso esperar al futuro para que la imagen comience a cumplir ese papel tutelar: de no haber sido por su pronta divulgación, la solidaridad mundial no se habría movilizado tras el tsunami del océano Índico o el huracán Katrina, nadie hablaría hoy de los cayucos subsaharianos desembarcados en tierras canarias o los atentados del metro de Londres, y las torturas de Abu Ghraib no existirían en la conciencia pública. Esto también, o sobre todo, es la globalización, y nunca más deberíamos olvidarlo cuando nos declaramos visceralmente anti-globales, en plan antiguo maniqueísmo ideológico extraviado de civilización y desde esta inédita guerra o choque de imágenes.